El Ajolote

Tomo II - Número 42 - 19 de noviembre de 2026. Publicación quincenal - Libres, Justos y Dignos

● Del consenso con el capital al espantapájaros del «neofascismo»

Peleando contra sombras

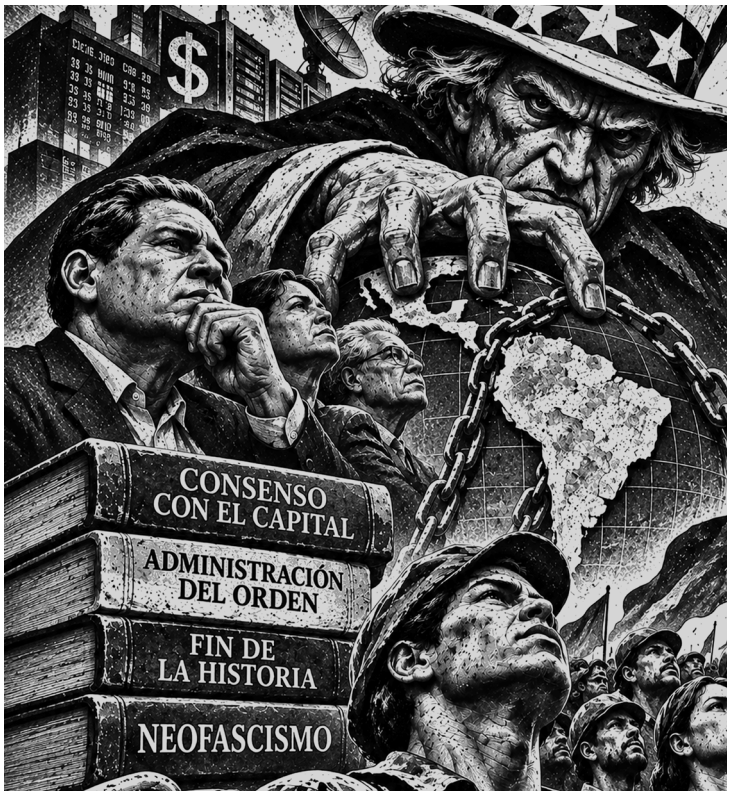
Por: Luis Mauricio Rojas.

El progresismo latinoamericano no atraviesa un simple bache electoral ni una tormenta coyuntural de las que se resuelven con mejores campañas de comunicación. Ha sido atropellado, de frente y sin anestesia, por la lógica imperialista del proyecto norteamericano en su actual fase poscapitalista: una mutación tecnofinanciera, extractiva y abiertamente depredadora que ya no se molesta en maquillar sus ambiciones con la vieja retórica de la cooperación hemisférica. Frente a esa aplanadora material, las conducciones progresistas de nuestra América Latina lucen pasmadas, atrapadas entre el lamento diplomático y la parálisis estratégica.

Desde el rigor del materialismo histórico, sin embargo, sería un error grosero atribuir esta debacle únicamente a la ferocidad del enemigo externo. El atropello imperialista encontró la puerta abierta desde adentro. El progresismo contemporáneo se estacionó cómodamente en la lógica del «consenso» con las estructuras capitalistas, convencido de que la gestión estatal podía domesticar al oligopolio financiero sin tocar jamás los resortes profundos de la propiedad ni la tasa de ganancia. Al optar por la administración pacífica del orden existente, firmó su propia rendición teórica.

Gobernar bajo la premisa de no incomodar a los dueños del dinero tiene un costo ideológico letal. Para sostener la ficción de una convivencia armónica entre explotadores y explotados, el progresismo se vio obligado a amputarse la herramienta más poderosa que el pensamiento crítico legó al proyecto de emancipación de la clase trabajadora: la dialéctica. Sin contradicción no hay conflicto de clase, y sin conflicto de clase el aparato estatal puede presentarse como un árbitro benévolo por encima de las disputas materiales.

Conviene recordarlo sin concesiones académicas: la dialéctica —en su linaje vivo desde Heráclito y Hegel hasta su inversión revolucionaria en Marx— no es un adorno discursivo ni una fórmula escolar inofensiva. Es un instrumento de combate. Permite aprehender la realidad como un proceso histórico en movimiento, atravesado por contradicciones irreconciliables que sólo se superan mediante la ruptura y



la transformación material. Renunciar a la dialéctica como fuerza constructora de proyectos, equivale a desarmar al proletariado en pleno campo de batalla y entregar la iniciativa histórica al enemigo.

Lo verdaderamente alarmante de esta coyuntura es que el progresismo no sólo ha dejado de utilizar esa herramienta; se encuentra ya a un paso de asumir abiertamente el perfil antidialéctico que la derecha postsoviética inauguró tras la caída del bloque socialista. Aquella operación ideológica, envuelta en el celofán del posmodernismo cultural, decretó con soberbia lo que se llegó a nombrar el «fin de la historia» —o, para decirlo con mayor precisión, el fin del camino histórico—. Y esto no anunciaba el cese de los acontecimientos, sino la clausura definitiva de cualquier horizonte capaz de superar al modo de producción capitalista.

Treinta años después, la paradoja alcanza niveles grotescos. La izquierda institucional, esa que dice oponerse al neoliberalismo, termina suscribiendo en los hechos la misma premisa conservadora de sus adversarios: que el sistema es insuperable, que las relaciones capitalistas de producción son una realidad natural e inmutable y que la única política responsable consiste en administrar con rostro sensible las migajas que deja el mercado. Es el triunfo póstumo de la derecha postsoviética en la mente de quienes dicen combatirla.

Despojado de la dialéctica y atrapado en el horizonte clausurado del consenso, el progresismo queda sumido en una orfandad explicativa absoluta. ¿Cómo dar cuenta entonces de la violencia creciente del imperio, de la precarización galopante del trabajo y del avance arrollador de las fuerzas reaccionarias sin señalar al capitalismo mismo como el motor estructural de la catástrofe? La salida ha sido tan cómoda como estéril: inventarse un nuevo enemigo o desempolvar de los archivos del siglo XX una figura «recargada» que sirva de coartada universal.

Así ha colonizado el debate público el concepto de los «neofascistas». Con una ligereza teórica alarmante, la llamada izquierda del siglo XXI repite la etiqueta como un conjuro mágico que todo lo explica y nada resuelve. Y hay que decirlo con claridad meridiana: convertir al «neofascismo» en la categoría central del análisis político contemporáneo es de una torpeza mayúscula.

El fascismo histórico del siglo pasado no fue una mera desviación moral ni un arrebato de malos modales autoritarios; fue una respuesta concreta del capital monopolista industrial en crisis, sostenida sobre la movilización paramilitar de masas y diseñada para aplastar a un movimiento obrero comunista que disputaba realmente el poder estatal. Trasladar mecánicamente esa categoría al presente, ciega la mirada frente a la mutación cualitativa del enemigo actual. El proyecto norteamericano poscapitalista no necesita camisas negras ni desfiles de antorchas para someter naciones: opera mediante la dictadura de las plataformas digitales, el secuestro financiero de la deuda, el control monopólico de las cadenas de suministro, el despojo de recursos estratégicos y la captura de los proyectos políticos de transformación en la lógica jurídica del Estado Burgués.

Pero la torpeza conceptual rara vez es inocente; casi siempre cumple una función de supervivencia burocrática. Al reducir la ofensiva del capital a una cruzada contra los «neofascistas», el progresismo desplaza la lucha de clases hacia un melodrama moral entre «demócratas sensatos» y «bárbaros autoritarios». El truco es transparente. Si el único peligro es el regreso del fascismo, entonces el capitalismo queda absuelto, la crítica desde la izquierda consecuente se vuelve sospechosa y la única tarea legítima consiste en cerrar filas para defender la institucionalidad de la democracia liberal burguesa.

Esa es la gran coartada del pragmatismo de cúpula. Bajo el chantaje permanente de frenar al espantapájaros neofascista, se bendicen las alianzas con las oligarquías nacionales, se posterga indefinidamente la transformación económica de fondo, se margina a la militancia con formación teórica y se condena a la clase trabajadora a elegir, elección tras elección, entre la administración cínica del despojo y su gestión «progresista». Se cambia la emancipación por la contención; la revolución, por el mal menor.

Al abrazar este atajo semántico, la izquierda institucional tira por la borda la inmensa herencia ideológica y filosófica que dio sentido a los proyectos revolucionarios modernos. Aquellas gestas históricas que sacudieron al mundo no nacieron para custodiar las formas de la república burguesa ni para negociar cuotas de poder con los consejos de administración del capital; surgieron como una rebeldía económica, social y civilizatoria frente a un sistema fundado en la explotación del trabajo vivo y la acumulación por despojo.

La ironía histórica es brutal. El progresismo renuncia a sus categorías revolucionarias precisamente en el momento en que ese proyecto de despojo y precarización exhibe su etapa de mayor violencia. Nunca la concentración de la riqueza había sido tan obscena, ni el desmantelamiento de las soberanías nacionales tan descarado, ni la guerra híbrida del imperio tan implacable. Responder a esta ofensiva estructural con manuales de buenas maneras democráticas y etiquetas recicladas no es prudencia táctica: es suicidio político.

Un movimiento que se niega a nombrar al enemigo por su naturaleza material —el capital y su mutación imperialista— está condenado a pelear contra sombras. Peor aún: cuando el progresismo se asume como el guardián del orden establecido, le regala a la reacción la bandera de la rebeldía frente a un sistema podrido que las masas padecen a diario en carne propia. No es la fuerza del supuesto neofascismo la que derrota al progresismo, sino la bancarrota de un progresismo que renunció a transformar la realidad.

La encrucijada de nuestra América Latina no admite más simulaciones ni refugios posmodernos. O la izquierda rompe de una vez con la lógica paralizante del consenso, desentierra a la dialéctica como la poderosa herramienta viva de combate y vuelve a situar la emancipación de la clase trabajadora en el centro de su horizonte histórico, o seguirá siendo arrollada por la maquinaria del capital —esa que ahora define torpemente como neofascismo— mientras discute en voz baja qué nombre ponerle a su propia derrota.

Comparte • Imprime • Distribuye

Coordinador Editorial
José Jonatan Romero Parra
Junta Editorial
Armando Cardoza Aguilar
Ana Isabel Mendoza Hernández
Luis Mauricio Rojas Martínez

Periódico de análisis político y divulgación revolucionaria de distribución gratuita.

libresjustosydignos.mx